

# Puerto Rico Evangélico

"Las islas esperarán su ley." Isaías 42:4.

ANO 3.

PONCE, PUERTO RICO, DICIEMBRE 25 DE 1914.

NUM. 12

## Puerto Rico Evangélico.

Organo oficial de las iglesias Presbiteriana, Hermanos Unidos en Cristo, y Congregacional en Puerto Rico, en sustitución de El Testigo Evangélico y La Voz Evangélica.

Published semi-monthly on the 10 and 25 of each month.

Director y Administrador, *Philo W. Drury.*

### Redactores:

*Arturo Salguero Font, Mayagüez; E. A. McDonald, San Germán; A. R. Thompson, Lares; José Santana, Ponce; Juan Díaz, Juana Díaz; C. I. Mohler, Yauco; T. M. Corson, Humacao; Juan Robles, Fajardo; Macario Rodríguez, Yabucoa.*

### SUBSCRIPTION PRICES:

In the United States, Mexico, and Cuba, " " " " " " 50c a year.  
In all other countries, " " " " " " 75c a year.

Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Administración y Redacción: Calle Jobo núm. 7.

La correspondencia relacionada con la Dirección y Administración debe ser dirigida a PUERTO RICO EVANGÉLICO, Apartado 423, Ponce, P. R.

No se devuelven los originales, publíquense o no.

Son agentes de este periódico todos los pastores de las tres iglesias que cooperan en su publicación y otras personas nombradas por la Administración.

Las suscripciones pueden principiar el día primero de Enero, Abril, Julio, u Octubre.

Entered as second class-matter July 10, 1912, at the post office at Ponce, P. R., under the Act of March 3, 1879.

Editado por la Compañía Tipográfica "Puerto Rico Evangélico."

## Un Mundo sin Cristo.

POR desgracia el mundo no sabe estimar debidamente las bendiciones que han resultado del advenimiento de Cristo. Las recibe con la mayor indiferencia sin pensar en la fuente de la cual dimanar. Pero un estudio aun superficial hace patente el hecho de que Cristo ha impresionado profundamente al mundo en todas las esferas de la vida, y desde el tiempo de su venida la corriente del mundo ha sido cambiada.

Si se elimina del mundo la influencia de Cristo ¿no se priva a la humanidad de lo mejor que ha conocido y experimentado? Cris-

to ha sido la inspiración de la mejor literatura, y la eliminación de todo aquello que se refiere a Él nos dejaría una literatura pobre, casi sin inspiración, y sin aquellos nobles ideales y pensamientos que se basan en la obra y enseñanzas de Cristo. El arte y la música, sin Cristo, hubieran perdido su mayor inspiración y hubieran ocupado un nivel más bajo.

Si fuera posible arrancar del mundo todo lo que debe su origen y desarrollo a Cristo, bien poco nos quedaría. El mundo perdería lo que contribuye a su felicidad y bienestar. Los grandes ideales enunciados por Cristo, revelándonos a Dios como Padre amante que se interesa por sus hijos—enseñándonos la voluntad de Dios y como adorarle y agradarle—poniendo de manifiesto que todos los seres humanos son hermanos, y que el amor es la base de la verdadera vida—presentando el establecimiento del reino de Cristo como el ideal divino para la sociedad, todos éstos serían desconocidos. Pero sobre todo, el hombre se privaría de la salvación de sus pecados, no habiendo Cristo desempeñado el importantísimo papel del Salvador del Mundo. Destruyanse el bien que Cristo ha hecho en la vida individual y social, el gozo que Él ha producido en el corazón del hombre que arrepentido se ha acercado a Él, y los frutos hermosos que Él ha obrado en las vidas de millones de personas durante diecinueve siglos, y luego ¿quién desearía vivir en este mundo?

Es Cristo quien ha sido la inspiración de los actos más nobles y heroicos. Sin Cristo muchos de los grandes hechos históricos no se hubieran verificado. No hubiera habido un Pablo con su mensaje de vida y consuelo, ni un Lutero, ni los miles de misioneros que inspirados por el amor de Cristo han ido a todas partes y han beneficiado a multitudes material, intelectual y espiritualmente. El amor de Cristo ha motivado esta abnegada labor en pro de los demás.

rados lectores, que la iglesia romana se opone tenazmente al estudio de la «Escritura.» Hace algunos meses tuve la oportunidad de hablar con una señorita muy católica ella, y entre otras cosas le recomendé el estudio de las «Escrituras.» Entonces ella altamente sorprendida me contestó, que era imposible para ella leer semejante libro, pues sólo los sacerdotes estaban autorizados para leerlo e interpretarlo; y que si se tomaba el atrevimiento de hacerlo, cometería una grave falta y disgustaría a su confesor.

Estos buenos señores son los enemigos más encarnizados del progreso, constituyen el obstáculo mayor para la civilización de nuestro pueblo, significan el tropiezo más grande para el augusto paso de la ciencia, representan la más considerable dificultad en la propagación de la verdad evangélica. Ellos quitan la «Llave de la ciencia» de las manos de los hombres y los dejan frente al edificio sin conquistar sus tesoros.

«¡Arrepentíos y convertíos» falsos representantes de la religión cristiana! ¿No recordáis que Cristo dijo: «escudriñad las Escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de mí?» Vosotros lo sabéis; mayor será vuestro castigo. Seréis responsables en la presencia de Dios de la multitud que guiais de una manera tan incierta.

«Leed la Biblia, leed la Biblia» si queréis

arrancar las bendiciones del cielo y suplir las necesidades de vuestra alma. Sabed que la Biblia es para el estudiante sincero, para el cristiano fiel, lo que el perfume a la flor, lo que la luz a los astros, lo que el alimento al cuerpo, lo que el estudio para el edificio intelectual.

El porvenir que nos espera es pródigo en bienandanzas. Los hijos de esta bendita isla, los habitantes del universo entero disfrutarán de mejores días: «habrá paz, reposo y placer.»

Sursum corda. Elevemos nuestros corazones a Dios por lo que se ha dignado revelarnos hasta aquí. Estémosle agradecidos por este año de bondades que nos ha permitido experimentar y . . . salga de abajo, de lo más profundo de nuestras almas una sincera expresión de gratitud, que suba arriba: a la mansión de Dios.

Está en nuestras manos el fabricar nuestro futuro, y si es que estamos deseosos de progresar en la esfera intelectual y moral, busquemos la «Llave de la ciencia» por el Señor regalada, hagamos un uso correcto de ella, para que lleguemos a ser conocedores y cumplidores estrictos de nuestros deberes: para con la humanidad, para con nosotros mismos y para con Dios, que es la fuente de donde emana toda sabiduría y «cujus est regnum, et potestas, et imperium in saecula, saeculorum.»



## Jesús el Revelador.

Por Abelardo M. Díaz.

Los patriarcas y los profetas del pueblo hebreo, los sacerdotes de Egipto y Caldea, los filósofos y los poetas de Grecia y Roma habían hablado mucho acerca de Dios, manifestando en lenguaje bello, fervoroso y grandilocuente su infinito poder, su ilimitada sabiduría y su perfecta santidad. Sabíamos por ellos que Dios era el Ser Supremo, el Creador y Legislador del Universo, el Rey y Juez de la Humanidad, siendo tan puro como poderoso, tan justo como sabio.

Mas todas estas grandiosas nociones no eran más que vagos resplandores de la Antorcha Inextinguible, brillantes luciérnagas que en larga noche de los tiempos precristianos difundían tenue claridad entre los hombres su-

midos en la ignorancia y el pecado. Cuando Jesús apareció en la fértil Palestina, no contemplamos una luciérnaga que nos hiciera presentir o adivinar el manantial inagotable de la luz espiritual, ni tampoco una esplendorosa estrella que reflejaba sobre la tierra de los hombres la luz que de astro lejano recibiese; contemplamos al Sol Divino sobre el horizonte de la humana historia, e intuitivamente nos postramos ante él, adorándole con dulcísimo arrobamiento, como los parsis se postran por la mañana mirando al astro del día que sale. Se necesitó un Moisés para llamarlo Adonái (el Señor,) un pueblo escogido para que lo designase como el nombre de Jehová, un Aristóteles para que lo reconociese como la causa,

y todo un Cristo para que nos lo presentase con el dulcísimo nombre del Padre Celestial, el más adecuado para expresar su poder y su amor, significando que es rey del cielo y padre del hombre.

El gran genio sueco Emanuel Swedenborg, quien sólo se titula «siervo del Señor Jesucristo,» dice en su extensa obra "*La Verdadera Religión Cristiana:*" «Sin revelación no se puede obtener conocimientos acerca de Dios . . . . y los conocimientos, referentes al Señor, no se pueden obtener sino por medio del Verbo, que es la corona de las revelaciones; porque por medio de la revelación, dada en él, el hombre puede acercarse a Dios, recibir su influjo, y de ser meramente natural, llegar a ser espiritual.» (Pág. 11.)

Y Jesús mismo decía: «Todas las cosas me son entregadas por mi padre; y nadie conoció al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoció alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo le quisiera revelar.» (Mat. 11:27.) «El que me ha visto, ha visto al Padre. Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; mas el Padre que está en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí.» (Juan 14:9-11.)

.....  
 Creo que la misión reveladora de Jesús es doble. La primera, la antecedente, consiste en la revelación de Dios a los hombres; la segunda, la consecuente, en la revelación del hombre al hombre. La primera la llamo antecedente, porque nadie puede conocerse a sí mismo, si antes no ha conocido a Dios. Dice uno de los proverbistas: "*El temor de Dios es el principio de la sabiduría.*" He ahí en pocas palabras el axioma de los axiomas, el fundamento de la filosofía y de la ciencia verdaderas.

Si las plantas estuviesen dotadas de sentidos corporales y de inteligencia, ¿podría la que vegeta en la obscuridad de profunda cueva conocer la palidez de sus hojas? ¡Nó! Sólo la que, hallándose sobre la superficie de la tierra recibiendo los ardientes, fecundizadores y luminosos rayos del sol, se daría cuenta del verdor de sus hojas o de la marchitez de sus pétalos. Así como la luz solar revelaría la planta a sí misma, así también el conocimiento de Dios revela a la planta humana el estado de su alma, la responsabilidad de sus

actos, las infinitas posibilidades bienhechoras de su vida, el encanto indestructible de sus virtudes y la trascendencia de su destino.

Los pescadores galileos no sabían que ellos estaban llamados al glorioso ministerio de pescar hombres. Si Jesús no les habla del Padre, habrían muerto obscuramente como simples pesadores, sin haber pensado nunca que ellos estaban dotados de un poder divino capaz de establecer un reino cual jamás lo habían soñado Sesostris en Egipto, Salomón en Palestina, Nabucodonosor en Babilonia, César en Roma, Alejandro en Grecia.

Si Andrés no lleva su hermano a Jesús, Pedro hubiera fenecido sin adivinar siquiera que, a pesar de su carácter impulsivo y voluble, había en el fondo de su alma, el lugar santísimo del espíritu, un tesoro de paciencia y firmeza.

Fué preciso que el ladrón penitente viera resplandecer sobre el sereno rostro de Jesús la luz de Dios, para que confiara en alcanzar un sitio humilde en el gran Reino de los Cielos, justamente el mismo día en que la sociedad humana le desterraba a las regiones de ultratumba, expulsándole de la tierra de los vivos.

Nada estaba más lejos del pensamiento del loco de Gadara que él fuera a ser el primer misionero cristiano entre los gentiles, el apóstol de la libertad y la salvación entre aquellas gentes que le consideraron condenado a una desgracia irremediable y contra quien emplearon las cadenas y los grillos, los instrumentos clásicos de la esclavitud.

Tampoco imaginaria la hija degradada de Siquem que ella pudiera ser el instrumento eficaz para guiar a los hombres de Samaria hacia aquel gran profeta que estaba sentado junto al pozo de Jacob, y en quien bien pronto reconocieron el Salvador del mundo. La Samaritana ignoraba, como ignoran casi todos los pecadores, que en el fondo de la inmundicia cloaca de sus pasiones egoistas, de sus vicios, yacía invisible el diamante del bien, aguardando que la fe y el arrepentimiento purificasen y diafanizaran la pútrida corriente, para entonces iluminar con luz celestial las aguas renovadas. Y de ahí que la mujer de perdición: la pecadora sensual se convierte en la mujer de salvación, la misionera.

(Continúa en la página 10.)

## Sección Homilética.

### La Honorabilidad del Evangelio.

Por Abelardo M. Díaz.

(Conclusión.)

#### II. Su Propósito.

Si el valor de las cosas se aprecia por su esencia, no menos se aprecia por su utilidad.

La electricidad no se estima tanto por ser una fuerza poderosísima, como por el servicio que presta, ya poniendo en movimiento enormes máquinas, ya dando luz a nuestras casas, bien conduciéndonos de un punto a otro o bien poniéndonos en comunicación casi instantánea con el globo entero.

El saber del hombre no vale tanto por la extensión y diversidad de sus conocimientos, como por su aplicación a los usos de la vida, unas veces sacando de la planta la medicina que cura nuestras enfermedades, otras extrayendo de las entrañas de la tierra el carbón que pone en marcha el barco sobre las aguas del mar y las locomotoras por la ladera de las montañas.

De un modo análogo, podemos decir que el Evangelio no nos interesa tanto por su esencia divina como por su fin, que es «la salvación.»

Procede de Dios, y se dirige al hombre. Es la sublime cadena que enlaza la divinidad con la humanidad, el cielo con la tierra, el Creador con la criatura.

En todo tiempo y lugar tiene que cumplir con la misión del Hijo del Hombre, que dijo: «Yo vine a buscar y a salvar lo que se había perdido.»

Si hay necesidad de medicina, es porque existen enfermedades. «Los sanos no tienen necesidad de médicos, sino los enfermos,» dijo Jesús. Si hay necesidad de salvación, es porque indudablemente alguno estará perdido.

Cabe ahora preguntar: ¿Cuántos están perdidos? ¿Muchos? ¿Pocos? Pablo mismo nos contesta en Rom. 3:9-12, 19-23. «*Todos* están debajo de pecado,» «*todos* se apartaron del camino de justicia; que *todo el mundo* se tenga por reo delante de Dios; *todos* pecaron y están destituidos de la gloria de Dios.» Por desgracia, *todos* (no se exceptúa a nadie) estamos perdidos, enfermos espiritualmente, apartados de Dios.

La corrupción total de la especie humana es una verdad amarguísima, pero no por eso deja de ser una verdad. Se manifiesta en los sentimientos que animan el corazón, en las sensaciones que reciben los sentidos corporales, en las ideas que bullen en la mente, en los anhelos de la voluntad, en las pasiones, en las palabras, en los actos.

La vida del hombre es una larga cadena de

tentaciones y de caídas; y la historia de la sociedad es la historia del corazón humano, en cuyas páginas se ve la mancha asquerosa del pecado, se percibe el horror de los crímenes, se escucha el constante y tristísimo quejido de una humanidad desgraciada que no es lo que Dios quiso que ella fuera, y se respira por dondequiera las miasmas de los más repugnantes vicios.

Bien, se ha dado por Dios un remedio para curar la enfermedad: el Evangelio de Cristo; pero ¿se ha brindado a todos o a una parte de los enfermos? Ha venido la salvación, ¿pero Dios se la ofrece a unos y se la niega a otros? ¿Qué dice el texto? «Es poder de Dios para salvación a *todo aquel* que cree.»

La universalidad de la enfermedad hizo necesaria la universalidad del remedio. Si es cierto que *todos* están perdidos, no es menos cierto que a *todos* se les ofrece la salvación. No se hace diferencia entre las razas: «al judío primeramente, y también al griego.» Sirve también para los hombres y mujeres de todas clases y condiciones: igual para el sabio que para el ignorante; lo mismo para el rico que para el pobre; para el negro y el blanco, el sano y el enfermo, el anciano y el joven, el obrero y el capitalista, el albañil y el arquitecto, el poderoso príncipe de la corte y el humilde hijo del pueblo.

«Venid a mí *todos* los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar,» decía Jesús, ofreciendo la salvación a los perdidos, el refugio a los desamparados, el descanso a los fatigados, el élixir de la vida espiritual a los que están muertos en el pecado. Estando junto al pozo de Jacob, dijo a sus discípulos: «Mí comida es que haga la voluntad del Padre.» Y la voluntad del Padre es, según nos dice Pablo en 1ª Timoteo 2:4, que *todos* los hombres sean salvos.

Habiéndonos fijado en la *necesidad* y *universalidad* de la salvación, ocupémonos ahora de la *condicionalidad* de la misma. Dice el texto: «para todo aquel que cree.»

La luz está al alcance de todos los que pueden ver, pero para gozar de su claridad es necesario llenar un requisito indispensable: abrir los ojos. Aunque la salvación, que es la luz de la vida, se ofrece a todos los pecadores, para disfrutar de sus bendiciones es preciso que el pecador posea el requisito que se exige: la fe, que es el ojo del alma.

La gran verdad de que la salvación depende de la fe fué predicada por el mismo Jesús y enseñada después por sus discípulos desde los tiempos apostólicos hasta hoy.

Hablando Cristo con el distinguido rabino Nicodemo, «maestro de Israel,» le dijo sin vacilar: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto

to, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado; para que todo aquel que en él *creyere*, no se pierda, mas tenga vida eterna.» Juan 3:14, 15. Más tarde enseñando en una sinagoga de la floreciente Capernaum exclamó: véase Juan 6:47. Y, por último, después de la resurrección y poco antes de ascender al cielo, para sentarse a la diestra del Padre, dió a sus discípulos el mensaje de los mensajes conocido por el nombre de la Gran Comisión, Mar. 16:15, 16.

Cuando el infatigable Pablo y su valiente compañero Silas se hallaron presos en Filipos, el carcelero, después de sentir el ruido del terremoto que estremecía los cimientos de la prisión y de ver las puertas abiertas y los dos célebres presos libres del cepo que antes sujetaba sus pies, lleno del más profundo arrepentimiento, y portando una luz en la mano, como si con ella quisiera simbolizar la luz que comenzaba a irradiar en su corazón, hízoles con gran reverencia la pregunta que constantemente hace la humanidad perdida en el pecado, la pregunta que inquieta continuamente el corazón de los que buscan la vida eterna: “¿Qué debo yo hacer para ser salvo?” Ellos no le mandan que les confiese sus pecados y les pida perdón por el maltratamiento que de él recibieron, ni que haga peregrinaciones a Jerusalén, Antioquía de Siria o cualquier otra parte del mundo, ni que ofrezca cuantiosos sacrificios en honor del Dios viviente, ni que les entregue una cantidad de dinero por el rescate de su alma, ni que les recite al pie de la letra el credo apostólico o alguna oración especial, ni que conozca la ciencia o el arte, ni que flagele sus carnes hasta derramar sangre y ayune hasta que su cuerpo desfallezca de hambre, ni que practique un sinnúmero de buenas obras que le abran las puertas del cielo, no; nada de eso, sino: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa.”

#### Conclusión.

Si el Evangelio de Cristo es de una naturaleza tan elevada y tiene un fin tan noble y humanitario, no hay razón alguna para avergonzarse.

Hay muchos que se avergüenzan de él, como si se tratara de algo sumamente deshonoroso. Y otras veces nosotros mismos nos avergonzamos de que sepan que pertenecemos a él, cuando giramos en un círculo hostil al cristianismo verdadero, pero ellos y nosotros debemos tomar por ejemplo a Pablo que decía con gran sinceridad: “no me avergüenzo del Evangelio de Cristo.”

Al ver la transformación efectuada en Pablo, en los cristianos de Roma, en el curso de la historia y en nosotros mismos, debiéramos sentirnos orgullosos, y no avergonzados, de ser sus predicadores y seguidores.

Más razón tendría el lodazal de sentirse denigrado por llevar un precioso diamante en su obscuro fondo, que nosotros en avergonzarnos de llevar el Evangelio de Cristo en lo más recóndito de nuestros corazones.

Ese Evangelio bendito fué, es y será el poder de Dios dando valor a los cobardes, esperanza a los desesperados, ánimo a las víctimas del desaliento, fuerza a los débiles, fe a los incrédulos, reverencia a los impíos, santidad a los perversos, misericordia a los duros de corazón, veracidad a los mentirosos, humildad a los arrogantes, laboriosidad a los haraganes, alegría a los tristes, generosidad a los egoístas.

Ese Evangelio glorioso ha dignificado a la mujer, ha bendecido al niño, ha venerado al anciano, ha protegido al desamparado, ha santificado al hogar, ha ennoblecido el trabajo y ha difundido la luz en el corazón y en la inteligencia.

Por su influjo los salvajes han recibido la civilización, los esclavos la libertad, los ancianos desvalidos las ventajas del asilo y los pueblos la igualdad ante la ley.

Ese Evangelio santo es antídoto para el veneno del alma, y bisturí cortante para los cánceres sociales; luz en medio de las tinieblas que oscurecen el horizonte de la vida; suave cadena de amor santo que enlaza a Dios con el hombre, al cielo con la tierra; puente tendido entre el mundo de lo presente y el mundo de lo porvenir; y finalmente, es la medicina celestial que cura las enfermedades del espíritu, la salvación apetecida que Dios ofrece a los perdidos en la senda del pecado.

Avergonzarnos de él es avergonzarnos de todo lo bello, bueno y verdadero que existe; es avergonzarnos de todo lo que es justo, santo, sabio y verdaderamente grande.

Avergonzarnos de él es avergonzarnos del mismo Dios, porque ese Evangelio es una de las manifestaciones más elocuentes de su poder y la prueba más palpable de su amor hacia nosotros.

Avergonzarnos del Evangelio sería el colmo de la locura, porque es avergonzarnos de nuestro propio bienestar, de nuestra verdadera felicidad, es decir, de la salvación que por medio de la fe en su Hijo él nos ofrece.

Y, por último, es exponernos a sufrir un castigo horrible, pero merecidísimo, pues Cristo dijo: Léase Mar. 8:38.

Amigos y hermanos, imploremos solemnemente el perdón de Dios por las muchas veces que nos hemos avergonzado torpemente del Evangelio de su Unigénito, y pidámosle con toda la fuerza del alma y todo el fervor de nuestros corazones que lo amemos y vivamos de tal manera, que con Pablo podamos siempre y dondequiera decir:

“No me avergüenzo del Evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree: al judío primeramente, y también al griego.”

## Jesús el Revelador.



(Continuación de la página 7.)

Es inmensamente triste, es infinitamente lamentable que mientras los hombres arrancan secretos al cielo y a la tierra, extrayendo fuerza del vapor sutil, medicina de las plantas, blanco papel del sucio harapo, luz de las aguas, tintas y perfumes del carbón de piedra, etc., vivan y mueran sin conocerse, sin descubrir los grandes secretos que encierra el corazón humano. Por medio de su ciencia domina en la tierra, en las aguas y en el aire; pero, a pesar de tantos triunfos, de victorias tantas, el hombre tiene que lamentar lleno de vergüenza y desesperación, la más cruel de las derrotas, el más deplorable de los fracasos. El instinto predomina en él sobre la razón, el capricho sobre la voluntad, la bestia sobre el ángel, la carne sobre el espíritu, las tinieblas sobre la luz, el mal sobre el bien. A ese hombre, conquistador de la naturaleza por la ciencia, le falta aun ser conquistador de sí mismo por la fe. La primera conquista se llama civilización; la segunda, la suprema, Cristianismo o Evangelio.

La escuela, el templo del saber, y el taller, el templo del trabajo, nos haran reyes de la naturaleza. Pero sólo Cristo, el Revelador de Dios y del Hombre, nos hará reyes de nosotros mismos.

Jesús es el Gran Revelador. En la naturaleza nos mostró toda una teología. El pajarito que caía muerto en la espesura del bosque, el lirio que abría sus rojos pétalos en el jardín de una señorita, las avecillas que cruzaban en rápido vuelo el espacio, la fecunda simiente que caía en el terreno, el pez que se agitaba en las aguas del tranquilo lago, el menudo grano de mostaza, etc., todo esto le hablaba al Padre y su Reino, y él se constituyó en el intérprete de tan misterioso lenguaje.

Reveló al niño, tan despreciado en el paganismo y tan desconocido en el mosaísmo, como el ciudadano nato del Reino de Dios y como el maestro del hombre. No es de extrañar que el inmortal pedagogo alemán Fröebel, amoroso educador cristiano, dijera: «Que el niño sea siempre para nosotros un gaje vivo de la presencia, de la bondad y del amor de Dios.»

Jesús fué el que reveló, de una manera clara y hermosísima, el valor de la mujer, la santidad del matrimonio y la indisolubilidad del amor cuando dijo a los fariseos: «*Lo que Dios juntó no lo aparte el hombre.*» (Mat. 19:6.)

Jesús fué el que reveló la base de la libertad verdadera cuando exclamó en las calles de Jeru-

salén: «*Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.*» (Juan 8:32.)

Jesús fué el que nos dió la clave de la inmortalidad en aquellas consoladoras palabras pronunciadas frente al sepulcro de su amigo Lázaro: «*Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá.*» (Juan 11:25.)

Jesús fué el que reveló el secreto de la salvación, dando la sencilla y gráfica solución siguiente: «*Yo soy el camino y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.*» (Juan 14:6.)

Jesús, por último, revela al hombre la divinidad de su origen, la excelsitud de su misión en la tierra y la glorificación de su destino en el cielo.

Él es la encarnación de todo lo bello, de todo lo verdadero, de todo lo justo y de todo lo bueno que existe.

Él es la vida y la luz; él es la fe, la esperanza y la caridad; él es la paz, la justicia, la libertad, el bien supremo.

Jesús es el único punto de vista desde el cual el hombre puede apreciar justamente lo pasado, lo presente y lo porvenir, su origen, su naturaleza y su destino, el pecado y la salvación, la historia y la religión, la humanidad y Dios.

Si en Jesucristo hallamos a Dios haciéndose semejante al hombre, por medio del cuerpo es con el fin de que el hombre, mediante el espíritu, se asemeje a Dios. Él es la inmensa escala espiritual que une al cielo con la tierra, por la cual Dios desciende hasta el hombre y el hombre asciende hasta Dios.

Crear en Jesús y amarle es conocer a Dios y conocerse a sí mismo. Cuando no se cree en él ni se le ama, es como si el alma perdiera el instinto de la propia conservación; se trata de un suicidio espiritual, comparado con el cual el suicidio del cuerpo no es más que una mera sombra.

Lejos de él los hombres estarán sumidos en el profundo abismo de la ignorancia, de la degradación y de la muerte. Cerca de él, por el contrario, se alzarán sobre la augusta y coruscante cumbre de la sabiduría, de la santificación y de la inmortalidad.

El hombre sin Jesús es como un viajero sin guía, un navegante sin brújula, un astrónomo sin telescopio. Continuamente hallará a su paso el extravío, el naufragio, la obscuridad impenetrable.

Confía en él, lector amado, y el sendero de la vida terrenal será recto, el rumbo de la eternidad seguro y las estrellas del mundo espiritual aparecerán visibles y deslumbrantes con la luz de Cristo, nuestro Salvador, que es la luz de Dios, nuestro Padre Celestial.